

ESPAÑA
PAGANA
*Richard
Wright*



Foto: Yale University Library

RICHARD WRIGHT

(Estados Unidos, 1908 - Francia, 1960)

Fue un escritor estadounidense de novela, relato, poesía y ensayo, cuyo trabajo resultó en ocasiones polémico. Gran parte de su literatura hace alusión a temas raciales, especialmente aquellos que se refieren a la difícil situación de los afroamericanos a finales del siglo XIX y en la primera mitad del XX. Wright llamó la atención del público en general por primera vez con un volumen de relatos cortos, *Los hijos del tío Tom* (1938). Su segundo libro de ficción, *Hijo de esta tierra*, fue un éxito de ventas y se convirtió posteriormente en una obra de teatro de Broadway (1941) dirigida por Orson Welles. En 1944 Wright abandonó el Partido Comunista de los Estados Unidos y, después de la Segunda Guerra Mundial, se instaló en París como expatriado permanente.

ESPAÑA
PAGANA

Richard
Wright

Traducción de
Sandra Caula

BIG
SUR

Título original: *Pagan Spain*

© del texto, Julia Wright y Rachel Wright, 2022

La cesión de todos los derechos de esta obra está controlada por Julia Wright (bajo acuerdo especial con Rachel Wright) y con John Hawkins & Associates, Inc. de Nueva York, autorizada por Julia Wright y Malcolm Wright.

© de la traducción, Sandra Caula, 2022

© de esta edición, Editorial Big Sur S. L., 2022

ISBN (edición rústica): 978-84-125686-4-6

ISBN (edición digital): 978-84-126031-0-1

Depósito legal: B 16282-2022

Corrección ortotipográfica: Carlos González Nieto

Diseño y maquetación: Ulises Milla Lacurcia

Imagen de cubierta: Joan Colom, *El Raval* (Barcelona), 1960.

Museu Nacional d'Art de Catalunya, depósito de la Agrupació Fotogràfica de Catalunya, 2003. Foto: Museu Nacional d'Art de Catalunya, Barcelona;

© Joan Colom, VEGAP, Barcelona, 2022

Retrato de Richard Wright: Autor desconocido.

Archivo Yale University Library



Web: editorialbigsur.es

Email: contacto@editorialbigsur.es

Instagram: [@bigsureditorial](https://www.instagram.com/bigsureditorial)

Twitter: [@bigsureditorial](https://twitter.com/bigsureditorial)

Impreso en España por Podiprint

Printed in Spain

Distribuye en España: Interleo Libros S. L.

pedidos@interleo.es / Tlf.: 913949258

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Para mis amigos Alva y Gunnar Myrdal,
quienes me sugirieron este libro y cuyo corazón
compasivo ha reflexionado mucho sobre
la degradación de la vida humana en España.

¡Qué pobre en verdad es el hombre!

FRIEDRICH NIETZSCHE

Te digo que el pasado es un cubo de cenizas.
Te digo que el ayer es un viento que desciende,
un sol caído en el occidente.

CARL SANDBURG

LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

En el tórrido agosto de 1954, estaba yo bajo el cielo azul del Midi, a pocas horas de la frontera española. A mi derecha se extendía la campiña llana y verde del sur de Francia; a mi izquierda, una franja de arena tras la cual el Mediterráneo se agitaba y relucía. Estaba solo. No tenía ningún compromiso. Sentado en mi coche, con el volante entre las manos, quería ir a España, pero algo me detenía. Un estado anímico era lo único que se interponía entre yo y un país para mí tan atractivo como repelente. Dios sabe que los gobiernos y los modos de vida totalitarios no eran ningún misterio para mí. Había nacido en Misisipi en un régimen absolutista racista; había vivido y trabajado durante doce años bajo la dictadura política del Partido Comunista de los Estados Unidos; y había pasado un año de mi vida en el terror policial de Perón en Buenos Aires. Entonces, ¿por qué evitaba la realidad de la vida con Franco? ¿Qué temía?

Durante casi una década había ignorado las recomendaciones de mis amigos para que visitase España, el único país del mundo occidental en el cual, como si huyera del recuerdo de una mala relación amorosa, no quería ejercitar mi mente. Hasta me había resistido a las prédicas solemnes de Gertrude Stein, quien, atormentada por el dolor y con pocos días de vida por delante, me lo había aconsejado

(mientras nerviosa arrastraba con los dedos de la mano derecha un mechón de cabello caído en su frente).

—Dick, deberías ir a España.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Allí verás el pasado. Verás de qué está hecho el mundo occidental. España es primitiva, pero encantadora. ¡Y la gente! No hay gente como la española en ninguna parte. En España he pasado días que nunca olvidaré. Ver esas corridas de toros, ver ese maravilloso paisaje...

Y yo no había ido aún. Durante la guerra civil española había publicado, nada menos que en el *Daily Worker* de Nueva York, algunos juicios muy duros sobre Franco, y los bombardeos en picado y los tanques de Hitler y Mussolini habían justificado esos juicios de un modo brutal. El destino de España me había dolido, me había obsesionado; nunca pude suprimir mi hambre de entender qué había ocurrido allí y por qué. Pero no deseaba revivir recuerdos burlescos deambulando por una tierra donde los hombres libres habían sido encerrados en campos de concentración, exiliados o asesinados. Una pregunta inquietante seguía agitando mi mente: ¿cómo se puede seguir viviendo cuando ha muerto la esperanza de libertad?

Resuelto de pronto, giré mi coche hacia el sur, hacia esos picos jorobados e irregulares de los Pirineos que, según algunas autoridades, marcan el final de Europa y el comienzo de África. El aspecto del mundo se oscureció; una cierta crudeza de ánimo se proyectaba sobre el paisaje. Masas de rocas áridas de color verde grisáceo se alzaban hacia un cielo distante e indiferente. Avancé con mi coche siguiendo la estela del que iba delante, dando vueltas por las curvas que serpentean en las laderas de las montañas, mirando de vez en cuando desde la carretera estrecha los precipicios que se abrían a un metro de mi codo.

Al atardecer, bajo un cielo remoto y pálido, crucé la frontera y entré en mi primer pueblo español, un conglomerado demasiado silencioso y lúgubre de casas bajas de tonos pastel: El Pertús. Rodeado por un horizonte azul verdoso de montañas desnudas, cuyos tintes sombríos se alteraban con el pasar de las horas, ese pueblo de frontera —tras la tensión y las prisas de la vida en Niza, Cannes y París— tenía un aspecto extraño, aletargado, olvidado, anclado en el pasado. Al ser nacional de un país que tenía bases aéreas en suelo español, los requisitos de aduana e inmigración no eran más que una formalidad, pero tuve que esperar, y esperar. Fatigado, aparqué el coche y decidí pasar la noche en El Pertús y tomar la carretera de la costa hacia Barcelona a la mañana siguiente. Mi habitación de hotel, con baño, costaba un dólar y cuarto; doce dólares me habría costado una habitación más sucia, sin baño, en la Costa Azul. Mi cena de siete platos, con vino, me penalizó con un dólar y medio, pero cuando supe que el camarero que me servía ganaba un sueldo de solo cien pesetas (más propinas) al mes, comencé a entender (una peseta tiene más o menos el valor de una patata irlandesa grande y haría falta el equivalente de unas cuarenta y cinco de esas patatas para comprar un dólar de cualquier cosa). Mi ducha no tenía cortina; cuando la usaba, el agua inundaba el suelo. No había ceniceros; uno dejaba caer las cenizas sobre las hermosas baldosas moriscas y sofocaba las colillas encendidas con el tacón. El mobiliario era brillante y estaba desvencijado; la mesa amenazó con hundirse cuando puse la máquina de escribir sobre ella. Mi codo chocó por accidente con el delgado cabecero de la cama y me sobresaltó un estruendo profundo y vibrante, como si se hubiera golpeado un enorme tambor. Varias veces por hora la luz de la bombilla eléctrica se atenuaba.

Me despertó el melancólico tañido de las campanas de la iglesia y el estridente y carrasposo canto de los gallos, me levanté y descubrí que el aire de la mañana era fresco y vigorizante, y el cielo, bajo y plomizo. La pared de montañas que rodeaba la ciudad era tenue y sombría, medio ahogada en un océano de neblina. Entré en una gasolinera y llené el tanque de combustible, pues me habían advertido de que la gasolina escaseaba. Cuando solté el freno del coche y me dispuse a salir, un agente de la Guardia Civil que vestía un uniforme verde oscuro, un sombrero reluciente de charol negro y que, a un costado, despreocupado, llevaba colgada una metralleta, me encaró, me puso la mano en el hombro derecho y por desgracia me parloté algo en español. Parpadeé, sin entender nada; estaba en un Estado policial y pensé: “Será esto...”. Le extendí mi pasaporte, pero lo echó a un lado, negando con la cabeza. El empleado de la gasolinera hablaba francés y me explicó que no me estaba deteniendo, que el hombre solo quería que lo llevara. El oficial iba vestido de forma muy imponente y yo no podía creer que alguien de su rango no tuviera un coche a su disposición. Consentí y él subió, con metralleta y todo.

Al no tener ningún idioma en común, ambos fuimos presa de una curiosa e incómoda compulsión de hablar, no para comunicarnos, sino para intentar hacernos saber el uno al otro que éramos civilizados y gente de buena voluntad. Conversábamos al azar, con sonrisas fijas en nuestros rostros, miradas furtivas por el rabillo del ojo y riéndonos luego de forma antinatural y prolongada de nuestra incapacidad para entender lo que decía el otro. Adiviné que me estaba preguntando si yo era un *negro*¹ americano, si me gustaba España, y también adiviné que intentaba decirme

1 Así en el original ('ni:græʊ). (Salvo que se indique lo contrario, esta y todas las siguientes son notas de esta edición).

algo sobre su familia... Entonces, de repente, me tocó el brazo e hizo movimientos con su pie derecho, bombeando con brusquedad y fuerza hacia abajo. Pensé que me pedía que fuese más deprisa, apreté el acelerador y el coche salió disparado hacia delante. Abrazó su ametralladora, miró su reloj de pulsera, se dobló los puños y de nuevo movió el pie para meterme presión. Pisé el acelerador a fondo y consideré que, si me detenían por exceso de velocidad, mi coartada era este agente de la ley a mi lado. Por fin se desesperó y, entornando los ojos, negó con la cabeza. Lo entendí: me había estado urgiendo a pisar el freno. Me aparté a un lado de la carretera y me ofrecí a llevarle de vuelta por la distancia que había sobrepasado su destino, pero, agradeciéndome con profusión, no quiso. Nos separamos con apretones de manos, saludos frenéticos y nerviosos, risas a carcajadas, que intentaban llenar la brecha que había entre nosotros. Con la cabeza baja, se alejó cargando su metralleta en el brazo.

Sobre una campiña rojiza y ondulada, la carretera avanzaba tortuosa hacia montañas oscuras y escarpadas, cuyas cimas se empinaban hasta confundirse con la niebla gris azulada. El día poco a poco se fue haciendo luminoso y reveló un paisaje desolado, en apariencia enfermo e inhóspito, resentido por escasos parches de arbustos contra vastos montículos de escombros de aspecto leproso. Más adelante, unas delicadas arboledas de olivos bajos verde oscuro se aferraban con precariedad a las laderas inclinadas de las montañas, con sus hojas filiformes brillantes como la plata en la luz cada vez más intensa de la mañana. La carretera de montaña era irregular y muy inclinada, las curvas cerradas se presentaban de forma brusca e inesperada, y mi cuerpo podía sentir el fuerte tirón de la gravedad al girar el volante. Contra un fondo de pilas de heno en forma de cono, de color marrón amarillento, vi a una campesina robusta vestida de rojo brillante; marchaba con mucha dificultad, con el rostro bajo y equilibrando sobre su cabeza un enorme cántaro de agua. Un poco después pasé junto a otro campesino; iba encaramado en un carro chirriante y lleno de estiércol; en su puño derecho sujetaba un cómic vistoso, enrollado y raído; sus ojos apagados miraban con aire ausente entre las orejas desplegadas de su burro peludo y sucio, que avanzaba con los lentos movimientos de un equino sonámbulo.

Delante, tendido sobre la carretera, había un puente de piedra blanca con un bello arco, en cada extremo estaba parado un guardia civil con sombrero de charol negro y uniforme verde oscuro, cada uno con una metralleta en el pliegue de su brazo derecho. El respeto por el espectáculo del poder me hizo pisar el freno, anticipándome a que me detuvieran y confrontasen. Me miraron fijo y yo a ellos, pero no hicieron ninguna señal. Atravesé el puente y seguí rodando, inseguro, sintiendo que una vulnerabilidad desnuda me trepaba por la piel de la espalda. No estaba acostumbrado a tener extraños armados por causas que desconocía en la retaguardia y esperé escuchar ra-ta-tá y sentir las balas calientes de acero estrellándose contra mi coche y mi carne. Pero no pasó nada. Aumenté la velocidad, agradecido por la distancia que me separaba de las negras bocas de aquellas metralletas. ¿Por qué estaban vigilados los puentes? Bajo este paisaje tranquilo y lúgubre parecían acechar tensiones enroscadas, miedos.

Cinco kilómetros más tarde me acerqué a otro puente y, de nuevo, dos guardias civiles con metralletas en el antebrazo estaban de guardia. Bajé la velocidad para pasarlos y sus ojos negros y su fija mirada se encontraron con la mía por una fracción de segundo y luego quedaron atrás. Estudié su reflejo en el retrovisor, molesto, con el ceño fruncido, sintiéndome expuesto al peligro. Otros cinco kilómetros me llevaron a otro puente con sus dos inevitables guardias civiles y sus metralletas listas. Una vez más, el instinto me hizo disminuir la velocidad de mi coche. Entonces, de repente, una idea, o más bien un impulso, vino en mi ayuda. Con prudencia levanté la mano derecha para saludar, un tímido y amistoso saludo. Y los dos soldados se pusieron firmes, sonrieron y me devolvieron el saludo agitando su mano. Suspiré aliviado. Había sido solo un gesto,

de intención humana, para determinar si esos hombres que sostenían armas asesinas conocían o entendían el significado de la fraternidad, si compartían mi tipo de humanidad, si tenían reacciones que coincidieran con las mías. Mi tensión disminuyó un poco.